



TESTIMONIOS

Recordando a Juan Pablo II

Los recuerdos de veinte purpurados

su sencillo testamento
En el que recuerda a pablo vi

por el cardenal Bernardin Gantin
decano emérito del Sagrado Colegio



Bernardin Gantin

Nos ha dejado un gran Pontífice. El duelo ha sido universal, diría que ha sido el duelo del siglo. La historia de la Iglesia será testigo de su grandeza y de su inmensidad: humana, espiritual, pastoral, misionera. Juan Pablo II nos ha dejado un testamento de gran sencillez, en el que varias veces ha mencionado al gran papa Pablo VI.

Para mí los recuerdos son muchos. Al haber vivido aquí en Roma más de veinticinco años a su lado, como colaborador suyo en la Curia romana, los recuerdos que me unen a él son, pues, muchísimos. Pero uno en especial ha quedado grabado en mi corazón. Y tiene que ver con el momento en que me concedió el permiso de volver a mi Benin. Para mí no era fácil pedirlo, era el cardenal decano, ni para él concederlo. Se quedó con mi carta durante tres meses sin dar ninguna respuesta. Al final me invitó a comer y me dijo: «Vale, estoy de acuerdo». Comprendió que era muy fuerte el vínculo que me une a mi tierra natal. El hecho de haberme devuelto a mi país fue un gesto inolvidable. Me permitió volver a mi África como misionero romano.

VIVIÓ su baUtismo
comO TODO cristiano

por el cardenal Roger Etchegaray

Es difícil para mí hablar de Juan Pablo II. Lo conocí veinte años antes de su elección. Lo conocí bien porque juntos trabajamos mucho por Europa, ya entonces. Ha sido un pionero de una Europa realmente viva, ampliada, al servicio del mundo entero. Como Papa, Europa ha sido uno de sus campos de trabajo.

Mis recuerdos personales son muchos, pero hablaré solo de uno. Lo he acompañado muchas veces en sus viajes, pero recuerdo en especial el primero que hizo a su patria, Polonia. Pronunció entonces una frase que no he olvidado nunca, y que ha sido citada muchas veces como una frase clave de su pontificado. Estaba en Varsovia, en la plaza llamada de la Victoria, donde se celebraban las manifestaciones del régimen comunista. Aún lo oigo, oigo aún su voz fuerte, la que tenía cuando era más joven. Le oigo decir esta frase: «No se puede excluir a Jesucristo de la historia del hombre. Hacerlo es ir contra el hombre». Son palabras muy fuertes, creo, palabras que sintetizan muy bien todo su pontificado. Hoy, viendo esta enorme muchedumbre, estoy de verdad seguro de que estoy viviendo – y no sólo yo – una especie de ejercicio espiritual, como si hiciera un retiro espiritual. Se lo debo a los medios de comunicación, que nos han ofrecido, con tanta habilidad y conciencia profesional, todo lo que ha ocurrido en estos días. Nos han presentado una multitud, de hombres, mujeres, jóvenes, a veces niños, que se dirigían hacia un cuerpo, el de Juan Pablo II expuesto en San Pedro, caminando durante seis horas o tal vez más. Me he preguntado por qué este Papa hoy, en estos días, es más Papa que nunca, en los días más grandes de su pontificado. Muerto es aún Papa, más que nunca, probablemente porque esta multitud de gente se acerca a él, con mucha dignidad, en silencio. Probablemente cada uno lo hace con motivaciones distintas, pero en cada hombre, en cada mujer, en cada joven que se acerca al cuerpo del Papa hay algo muy profundo que nos hace reflexionar. Quiero decir que Juan Pablo II ha sabido despertar en cada uno de nosotros la parte, por pequeña que sea, de inocencia que existe en cada hombre, aunque esté envejecido por el pecado, herido por el pecado. Creo que en cada hombre, por muy corrupto que sea, hay una parte, un rincón que está siempre “expuesto al sol de Dios”, por usar una imagen poética. Y de este modo el Papa ha sabido dar de nuevo confianza a cada hombre, precisamente porque no ha excluido a Jesús de la vocación humana. Para terminar, creo que este Papa, Juan Pablo II, ha de ser considerado por entero. Ha sido Papa durante más de veintiséis años, y hemos de verlo desde la aurora brillante de su pontificado hasta el ocaso lleno de dolor. Es siempre el mismo Papa, un Papa que representa todos los aspectos de la condición humana. Es verdad que este Papa, al que he estado muy cercano, se ha hecho conocer de manera mediática, pero quizá no se sabe que para los que estaban a su lado era un hombre de interioridad, lleno de pudor de sí y de su fe. Es extraordinario el modo en que ha vivido su cristianismo, su bautismo como todo cristiano.



Roger Etchegaray

JUAN PaBlo II
El grande.
Un HOMBRE dE ORACIÓN

por el cardenal



Giovanni Battista Re

Giovanni Battista Re

Este 263° sucesor de Pedro, este Pastor profundamente humano, este líder que arrebatava a la juventud, era ante todo un hombre de oración. Llamaba la atención cómo se abandonaba a la oración: se notaba en él una pasión que le era connatural y que lo ensimismaba como si no tuviera problemas y compromisos urgentes que lo llamaran a la vida activa. Su actitud en la oración era concentrada y, al mismo tiempo, natural y libre: testimonio de una comunión con Dios intensamente arraigada en su corazón; expresión de una oración convencida, saboreada, vivida. Conmovía la facilidad, la espontaneidad, la prontitud con las que pasaba del contacto humano con los muchedumbres al recogimiento del coloquio íntimo con Dios. Cuando se recogía en oración parecía que nada lo tocaba o atañía de lo que sucedía a su alrededor. Se preparaba rezando para los varios encuentros que tenía que celebrar durante el día o la semana. Antes de cualquier decisión importante Juan Pablo II rezaba mucho. Cuanto más

importante era la decisión, más duraba la oración. Había en su vida una admirable síntesis entre oración y acción. La fuente de la fecundidad de su acción estaba precisamente en la oración. Estaba convencido de que su primer servicio a la Iglesia y a la humanidad era rezar. Lo había dicho él mismo: «El primer servicio del Papa a la Iglesia y al mundo es rezar» (homilía en el Santuario della Mentorella, *L'Osservatore Romano*, 31 de octubre de 1978). Este pontificado es totalmente comprensible sólo teniendo en cuenta la dimensión interior, contemplativa, que ha animado y sostenido a este Papa, hombre de gran oración personal además de maestro en la fe. Por esto él tenía ojos para “ver lo invisible”. Y por esto ha tenido la fuerza de permanecer en primera fila hasta el final.

UN HOMBRE QUE SABÍA ESCUCHAR

por el cardenal Godfried Danneels
Arzobispo de Malinas-Bruselas

Los recuerdos más personales que conservo del papa Juan Pablo II se remontan a los primeros tiempos, cuando fui convocado al Sínodo particular de los obispos holandeses. Yo había sido nombrado arzobispo de Malinas-Bruselas hacía quince días y fui a Roma a participar en aquel Sínodo donde yo había sido nombrado presidente delegado. Pasé en Roma más de tres semanas, junto al Papa. La impresión que me causó el Papa en aquella circunstancia, y lo mismo después, fue la de un hombre que sabía realmente escuchar largo y tendido. Durante las semanas del Sínodo no hizo más que escuchar, sin intervenir demasiadas veces, a los obispos holandeses, que le exponían cuestiones bastantes delicadas.

En mi opinión Juan Pablo II tenía dos cualidades que difícilmente se encuentran en una misma persona. Era un líder natural, que sabía tomarse sus responsabilidades. Y al



Godfried Danneels

mismo tiempo era un hombre muy caluroso y cordial. Conozco a muchos líderes fríos como el hielo, pese a ser buenos líderes. Y otros que quizá son muy cordiales, pero que no valen nada como líderes. Y además era un hombre de gran inteligencia, con una cultura en la que confluían la filosofía, el arte, el sentimiento de la civilización. Era un verdadero filósofo. Y su filosofía era un humanismo. Su reflexión se concentraba en la naturaleza profunda del hombre. De ahí arrancaba su batalla a favor de la humanización del hombre y para contrarrestar las tendencias a la deshumanización presentes en la modernidad. También todo lo que dijo con respecto a la moral sexual pertenecía a esta batalla.

Otro aspecto excepcional en él era su gran capacidad de relaciones. Se ha visto sobre todo en su relación con los jóvenes, que para mí ha sido algo extraordinario. Supo transmitir a todos, pero especialmente a los jóvenes, el sentimiento de la paternidad. Este es el innegable secreto de su gancho en los jóvenes. En una generación sin padres, él representaba el sentimiento de la paternidad. Cuando vino a Bélgica en el 85, alguien dijo: aman al cantante, pero no la canción. Quizá no estuvieran de acuerdo con lo que decía, pero lo escuchaban porque sentían confianza en su figura.

NO ME SORPRENDE LA FILA DE PEREGRINOS

por el cardenal Francis Arinze

Su Santidad Juan Pablo II era un hombre de Dios tan grande que todos los que tuvimos la gracia de estar junto a él podíamos ver sólo algunos lados de su riquísima persona. Quisiera mencionar brevemente cuatro de ellos.

Creía y confiaba en la Divina Providencia. Le he visto dejar las cosas en las manos de Dios y no tratar de forzarlas.

Rezaba. Era un hombre de oración. Incluso en las grandes celebraciones en la plaza de San Pedro, o en las peregrinaciones apostólicas, sabía estar recogido en la santa misa como si estuviera solo.

Me asombraba su fe viéndolo celebrar la santa misa. Su *ars celebrandi* era más elocuente que las encíclicas, que ya de por sí eran muy nutritivas.

El Papa Juan Pablo II tenía un rincón de su corazón siempre dispuesto para todos: católicos, otros cristianos, otros creyentes, la humanidad.

No me sorprende que la fila de peregrinos que esperan para darle el último saludo mida hoy kilómetros. ¡Gran hombre de Dios!



Francis Arinze

HA SUSCITADO
Y REFORZADO



László Paskai

LA ESPERANZA CRISTIANA

por el cardenal
László Paskai
arzobispo emérito
de Esztergom-Budapest

La persona de Juan Pablo II ha dejado una señal especial en mi alma. Me asombra ante todo la coherencia y la fidelidad con la que llevó a cabo el ministerio petrino.

En su actividad pastoral se manifestó el deber de consolar a los hermanos que Jesús confió a Pedro. El Papa lo ponía en práctica cuando predicaba la palabra de Dios en la ciudad de Roma y en el mundo entero. Hizo lo mismo también con sus escritos. Con las encíclicas y las cartas apostólicas reforzó la fe de los fieles en las circunstancias actuales, en las cuestiones espirituales y morales de hoy.

Llevó a cabo el ministerio petrino suscitando y reforzando la esperanza cristiana. Se me ha quedado grabado especialmente en el alma el que sus intervenciones, incluso cuando se trataba de asuntos difíciles, terminaban con un pensamiento de esperanza. Él alimentaba la

esperanza ante todo durante los encuentros con los jóvenes.

Su vida espiritual cristiana formaba parte integrante de su ministerio petrino. Seguía a Cristo de manera heroica. Era un Papa de oración. Se podía ver que tenía un contacto íntimo con Jesucristo. Cada día hablaba en la oración de su ministerio con Jesús y de Él recibió indicaciones y la fuerza para encontrar las soluciones y poder guiar a la Iglesia universal.

LA HUMILDAD DE ACEPTAR LAS COSAS QUE LE HACÍAN SUFRIR

por el cardenal Fiorenzo Angelini



En estos días he oído y leído, en los medios de comunicación, exaltar a este Vicario de Cristo por los muchos hitos históricos: caída de regímenes, contactos con los pueblos más diferentes, con las religiones más variadas, con todos, incluso con los que parecían más lejanos. Esto no habría sido posible sin la fuerza sobrenatural de este hombre, una fuerza que venía del amor a la meditación, a la unión con Dios. En palabras pobres, venía de su oración, de su capacidad, de su inteligencia de rezar. Cuando este Papa rezaba, y rezaba horas y horas cada día, le veíamos sumido en la oración, absorto como si estuviera en contacto incluso visual con el Señor.

Además es justo recordar que fue el Papa de la paz, del ecumenismo,

de la juventud, de los deportistas, de los científicos; que fue un padre, con la paternidad espiritual que todo lo abarca y a todos abraza, no sólo a los cristianos del mundo; pero este hombre pudo llevar a cabo lo que hizo porque hacía que naciera de la fuerza que conseguía en esta unión

con Dios, en esta capacidad de elevar su mente a Dios. Esta adhesión a lo sobrenatural era el fundamento de toda iniciativa que tomó. Incluso aquellas que parecían no esenciales, como la valorización de la música rock, de los bailes y cantos de los jóvenes, hasta la admiración de la competición deportiva, entendida como elevación del espíritu, más allá del cuerpo.

Nadie podía ni de lejos imaginar lo que iba a ocurrir durante su enfermedad e inmediatamente después de su muerte. Yo estoy aquí en la Vía de la Conciliación, y bajo mis ventanas hay esperando decenas de miles de personas con paciencia heroica. Muchos ni siquiera tienen las condiciones de salud necesarias para soportar tantas horas de espera. Hay gente de todas las edades, porque fue el Papa de todas las fases de la vida, de todas las personas. Y hoy lo están alabando como a un santo. Aquí en la Vía de la Conciliación han creado varios altares con fotos, velas y papeles en que piden gracias.

Santo. No sólo ahora pronuncio esta palabra. La he escrito varias veces y la he venido repitiendo públicamente desde hace algunos años: este es un Papa santo. Y si la proclamación de la santidad pudiera ser realidad, como ocurría antiguamente, también por petición popular, hoy este Vicario de Cristo sería proclamado santo, porque ningún pontífice fue nunca objeto de estas alabanzas. Este Papa ha hecho casi el camino inverso atravesando esta Jerusalén terrenal del que hizo Jesús. Primero vivió el sufrimiento de la pasión y luego las alabanzas. Efectivamente, el Papa llegó a la cumbre de esta gloria, también humana, a través de un sufrimiento personal no común. Fue un Papa atento al valor cristiano del sufrimiento, al hecho de que Cristo Jesús es el sufrimiento vencido por el amor. Fue el primer Papa que en la historia de la Iglesia diera una carta apostólica sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, la *Salvifici doloris*, de febrero de 1984. Él mismo vivió y practicó la maravillosa parábola del Buen Samaritano: se recuerda siempre cuando, acompañado por la Madre Teresa, se arrodilló ante los moribundos indios; pero no fue un hecho aislado. Cuántas veces, acompañándole a los hospitales romanos, lo vi visitar a todos los enfermos, quedándose con cada uno de ellos sin calcular el tiempo, como si aquel enfermo fuera el único. Se veía que no eran gestos formales, sino gestos de santo o de apóstol. Yo he aprendido muchísimo de aquellas visitas.

También ha sido un gran testimonio el cómo ha sabido sufrir durante el último período de su vida. Su humildad no nacía solo de que era bueno, fue heroica. Porque ningún soberano ni ninguno de nosotros hubiera tenido el valor de presentarse a la muchedumbre en aquellas condiciones, enfermo más que los enfermos, a veces sin poder hablar, inerme como un mendigo. Le vimos hacer algunos gestos que podían parecer de irritación, pero eran sólo de sumisión querida a la voluntad de Cristo, que le impedía en aquel momento hasta saludar a la muchedumbre y decir aunque sólo fuera “hasta luego”.

Pero quizá los momentos de mayor sufrimiento del Papa fueron otros dos. El primero fue el atentado del 81, que lo dejó desazonado. Además del dolor físico, el Papa sintió el sufrimiento en el alma, en el espíritu y en la mente, que se unieron al miedo a la muerte. Miedo más que justificado, porque yo que estuve durante la operación en el Gemelli puedo atestiguar que se salvó por un milagro. Las condiciones en que se desarrolló la operación dejaban claro que había detrás una mano divina, la de la Virgen de Fátima.

Pero el sufrimiento espiritual fue incluso mayor: nadie podía pensar antes que se pudiera atentar contra la vida del papa a tiros por la calle. Para lo que entonces era el orden mundial, fue una cosa

inaudita. El Papa sufrió un trauma violento en el espíritu, especialmente él, que, siendo esclavo, tenía tendencia al ascetismo: era un filósofo, un poeta, un artista, con los matices psicológicos del actor.

Lo segundo que le hizo sufrir, aunque con cristiano fatalismo se remitió a la voluntad de Dios, fueron los límites a sus viajes apostólicos, es decir, el no poder ir a Rusia y a China. Me habló muchas veces de ello. No comprendían que el Papa no era un colonizador, un conquistador. Nunca entendieron quién era de verdad este Papa, su inmensa caridad. Estos fueron sufrimientos muy fuertes. Pero quisiera subrayar su humildad a la hora de vivirlos, porque si él hubiera querido forzar las cosas, como hacía tantas veces, hubiera incluso podido atravesar las fronteras, pero su gran humildad le hizo entender que no debía superar los límites que le aconsejaban las personas que conocían mejor el problema.

Qué duda cabe que este Papa deja un vacío. Tuvo la capacidad de atraer todo lo que es posible atraer y necesita ser atraído. Los señores de la tierra que vendrán a los funerales, junto a millones de personas sencillas, lo demuestran. Muchos de ellos no pueden olvidar las negativas que dieron a este Papa: las divergencias sobre la paz, sobre las referencias cristianas en la Constitución europea, sobre los crucifijos en las escuelas, sobre el matrimonio homosexual, etc. Pero Dios escribe derecho sobre las rayas torcidas del mundo y la humanidad. Dejemos que actúe Él.

LA CARICIA DEL PAPA

por el cardenal Dionigi Tettamanzi
arzobispo de Milán



Dionigi Tettamanzi

Son muchísimos los recuerdos que, en este momento de sufrido alejamiento terrenal del Papa, se agolpan en mi mente. Son los recuerdos de tantos encuentros personales y de colaboración con el Santo Padre en el ejercicio de su ministerio, que conservo con discreción en mi corazón. Y, sin embargo, en estos días de luto universal, recuerdo especialmente la cariñosísima caricia que Juan Pablo II me hizo a principios de julio de hace tres años, animándome con decisión a aceptar, como él quería, que fuera vuestro arzobispo. He querido recordar este hecho tan personal porque en aquel gesto de gran delicadeza reconozco la caricia del Papa no sólo a mi persona, sino también y sobre todo a la diócesis de Milán. Juan Pablo II, en efecto, ha considerado siempre nuestra Iglesia milanesa –en cuya Catedral se conservan los restos mortales de san Carlos Borromeo, que él venera

filialmente como patrón– con atención cordial y con verdadero cariño de padre. Son sentimientos y actitudes que muchas veces pudimos conocer y apreciar, y que se manifestaron especialmente en las dos visitas a nuestra diócesis –en 1983, para el XX Congreso Eucarístico nacional, y el año siguiente para el IV centenario de la muerte de san Carlos– y en las peregrinaciones diocesanas que hicimos a Roma, la última de ellas con motivo del Gran Jubileo de 2000, cuando, en su singular benevolencia, el Papa invitó al queridísimo cardenal Martini a celebrar, en la fiesta de san Carlo, la santa misa en rito ambrosiano en la plaza de San Pedro.

Que vuelva a sonar, una vez más, para nosotros y para nuestro mundo, el llamamiento urgente que,

con voz firme y apasionada, dirigió a todos Juan Pablo II al comienzo de su pontificado: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo!».

Dejémonos sacudir nosotros también por las palabras y el testimonio del propio Juan Pablo II y «sigamos adelante con esperanza», continuando nuestro camino por el tercer milenio, que se ha abierto «ante la Iglesia como océano vasto por el que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo». Con ojos penetrantes, capaces de ver la obra que también hoy realiza el Señor con su Espíritu en la historia del mundo, y con un corazón grande para convertirnos nosotros mismos en instrumentos de esta obra, contemplemos y amemos el rostro del Señor y pongámonos en camino, fieles al mandato misionero del Resucitado, animados por el «mismo entusiasmo que caracterizó a los cristianos del primer momento».

*(De la carta a la diócesis de Milán
por la muerte de su santidad Juan Pablo II)*

TUVO UN PAPEL EN EL ESCENARIO POLÍTICO MUNDIAL

por el cardenal Paul Shan Kuo-hsi
obispo de Kaohsiung



Paul Shan Kuo-hsi

Considero mi relación con Juan Pablo II estrecha y personal. Un año después de convertirse en Papa me nombró obispo en Taiwán y veinte años después me creó cardenal. Cuando llegué a los setenta y cinco años, le presenté mi dimisión, tres veces, pero él nunca la aceptó. De modo que en Taiwán sigo siendo un obispo “activo”, aunque ya cuento con ochenta y dos años.

Recibí una fuerte impresión de este Papa, fue realmente un hombre grande. Grande en la fe, una fe verdadera e intensa en Dios, con una gran confianza en la Divina Providencia.

Fue un hombre de oración y profunda espiritualidad. Todo ello fue el fundamento y el manantial de sus acciones.

Por haber estado tan cerca de Dios su corazón, estuvo tan cerca de los hombres, especialmente de los niños, los pobres, los enfermos.

Su corazón fue para la humanidad entera. Promovió la justicia social, la reconciliación, el diálogo, la paz en el mundo, por eso tanta gente vino a Roma a darle el último saludo.

Estuvo cerca de los jóvenes, a los ochenta y cuatro años los atraía. Conocía sus aspiraciones, les daba esperanza, futuro, dirección. Hoy mucha gente está atemorizada, sin meta o principios, valores espirituales o solo morales. El Papa se los indicó claramente. Más que los propios políticos. El Papa les dijo a los jóvenes cuál era la verdad y por eso ellos lo respetaron y adoraron. Ha habido quienes en Roma han esperado veinticuatro horas para verlo por última vez: algo que me ha conmovido.

Al mismo tiempo considero que el Santo Padre jugó un papel realmente importante en el escenario de la política mundial, pese a no ser político sino una autoridad espiritual y moral. Le dijo a la humanidad lo que es justo, lo que es verdad.

Hoy muchos parecen estar oscurecidos por el secularismo, el materialismo, el ateísmo, pero el Papa

tuvo el valor de decirles cuál es el camino a seguir. Fue un gran líder religioso, no sólo para los católicos sino para todos los cristianos, de las Iglesias orientales y protestantes, y también para los que no creen: he recibido llamadas de pésame de Taiwán y de otras partes del mundo, de parte de budistas, taoístas, musulmanes que me lo confirman.

Bueno, diría que él fue un hombre santo. Espero y rezo para que un día, antes o después, sea beatificado y canonizado.

Quizá tengamos ya que llamarlo Juan Pablo II el Grande.

¿Qué herencia deja para la Iglesia en Oriente?

En 1995 en Manila, durante la Jornada mundial de la juventud, había cinco millones de jóvenes. En el mismo período la Federación de las conferencias episcopales asiáticas celebraba su plenaria y el Papa vino a hablar a los obispos. Fue la primera vez que afirmó que «el tercer milenio le corresponde a Asia». En el primer milenio, en efecto, fue evangelizado el Mediterráneo, en el segundo las Américas y África. Espero que este sea no sólo un deseo o una oración, sino la profecía de un Papa profeta.

Pese a que la Iglesia es muy pequeña en toda Asia, salvo en Filipinas, está de todos modos viva, no atemorizada por estar rodeada de otras religiones, de secularismo y materialismo, y llena de confianza en la Divina Providencia.

Los chinos fueron amados por Juan Pablo II. En mis audiencias privadas o en los encuentros con los otros obispos asiáticos nos decía siempre que su primera oración nada más bajar de la cama, cada día, era para el pueblo chino. Expresó muchas veces, pública y privadamente, su deseo de visitar China, pero muchas razones se lo impidieron. Ahora que está en el Paraíso es más libre, y puede ir en cualquier momento. Frente a Dios ahora puede rezar por los chinos, interceder por la Iglesia de allá.

Mi última audiencia privada con Juan Pablo II fue en mayo del año pasado.

Durante casi todo el tiempo hablamos de la Iglesia en China y en Taiwán. Fue un Pastor universal, que se preocupó por cada una de las Iglesias locales, un padre de la gran familia de la Iglesia, un papá que quiere a todos sus hijos. Y nunca cuando se estaba a su lado se tenía la idea de estar al lado de un Papa, por lo amable y abierto que era. Él cuidó de nosotros, los fieles.

EL GIGANTE DE LA FE

por el cardenal Geraldo Majella Agnelo
arzobispo de San Salvador de Bahía



Geraldo Majella Agnelo

Conocí al santo padre Juan Pablo II a principios de 1991 en Natal, Brasil, durante el Congreso eucarístico nacional; fui presentado por el nuncio y luego me llamó para colaborar con su ministerio petrino como secretario de la Congregación para el Culto divino. El recuerdo más vivo que guardo en mi corazón de la relación con el Santo Padre está unido especialmente a los años que viví en Roma. Conservo un sentimiento de gratitud, manifestada en todos los contactos que tuve con él, por el testimonio de fe vivido. Nunca salía de una audiencia o una celebración litúrgica sin sentirme enriquecido en la fe, y, especialmente en el ejercicio de mi misión sacerdotal, estos encuentros fueron para mí un ejemplo de seguimiento total de Jesucristo. Admiré

su especial experiencia humana, marcada desde la infancia por circunstancias difíciles, que le enseñaron a valorar al hombre en la búsqueda de la felicidad buscando la satisfacción que queda, que permanece en lo transitorio de las circunstancias de la existencia. El interés por el hombre concreto que lucha y espera, que sufre y ama, que trabaja, caracterizó sus discursos, documentos, encuentros, viajes. Nosotros lo conocemos en Brasil como el Papa peregrino. También en nuestra tierra recorrió cientos, miles de kilómetros, estableciendo inmediatamente con nue-s-tra gente una sintonía y una simpatía recíproca. Recuerdo las mani-festa-ciones de cariño del pue-blo en todas las ciudades por las que pasó. La gente le aclamaba diciendo «João de Deus, João de Deus», como reconocimiento de una persona extraordinaria mediante la cual se hace presente Cristo. Ahora hay un recuerdo especial que me vuelve a la memoria. Recuerdo una vez que estaba comiendo con él, junto con otros cardenales, y se discutía en aquel momento sobre las mujeres monaguillo. Alguien estaba en contra de que sirvieran al altar y se recordó el canon 230 del Código de derecho canónico. El Papa entonces se levantó y respondió con tono decidido: «No. No. Hemos de dejar que también las mujeres puedan servir al altar». Y contó que, durante los años de la persecución en Rusia, la fe fue conservada y transmitida por las mujeres, por las madres que cada domingo reunían a sus hijos, sus nietos, y les daban algunas nociones de catecismo y con gestos simulaban incluso la misa para dejar grabada en ellos la importancia de la celebración eucarística, para dejar vivo en ellos el deseo de poder participar un día en ella. Conservar, transmitir la fe. Testimoniar la fe. Confiar siempre en Dios. Y el Papa nos dio ejemplo de esto también en sus últimos momentos de enfermo, en la cama del hospital, hasta el último aliento. Esta fue su grandeza.

PARA MÍ ES LA MUERTE DE UN PADRE ESPIRITUAL

por el cardenal
Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga
arzobispo de Tegucigalpa

Conocí a Juan Pablo II en Rio de Janeiro, en julio de 1980, durante la conmemoración del 25 aniversario del Celam. Yo era obispo sólo desde hacía un año y medio, así que cuando pude saludarle me dijo: «Usted es un obispo joven»; yo le respondí: «La culpa es suya, que me ha nombrado», y nos echamos a reír. En un momento dado, después de la cena con todos nosotros, los obispos, nos dijo: «Pero, ¿no saben cantar los obispos?». «Desde luego que sí», respondimos. «¿Conocéis el canto *El pescador*?», nos preguntó. Nos pusimos a cantar con gran entusiasmo aquel canto. Él cantaba con nosotros.

Recuerdo muy bien también cuando lo vi en Roma en 1983. En aquel año vine para mi primera visita *ad limina*. Era administrador apostólico en Santa Rosa de Copán. Cuando entré en su despacho, me dijo: «Viene un obispo joven, pero que tiene mucho trabajo». Tenía un mapa de Honduras sobre la mesa, no tenía ningún otro apunte y empezó a decirme: «Ven, ven, ven, dime: Santa Rosa de Copán está aquí; ¿cómo están los refugiados de El Salvador?». Yo estaba realmente



Oscar Andrés Rodríguez
Maradiaga

asombrado porque él pensaba en los que efectivamente sufrían más, los refugiados. Después comenzó a decirme cosas que sin duda estaban en las informaciones que yo había mandado antes de la visita *ad limina*: pero él no tenía ni siquiera un trocito de papel, se lo sabía todo de memoria. Todo esto me ha asombrado siempre, una gran memoria hasta el último momento. La última vez que lo vi fue en enero de este año, cuando terminamos la reunión de la plenaria de la Comisión para América Latina. Fui a saludarlo y me reconoció inmediatamente. Siempre bromeaba con mi primer nombre, Óscar. Me decía: «Tú eres un premio cinematográfico...». Como ya dije en la Radio Vaticana, para mí Juan Pablo II fue un verdadero padre espiritual, y por eso para mí el sábado 2 de abril fue como cuando murió mi padre. Mi padre murió cuando yo tenía 19 años y ahora he experimentado el mismo sentimiento de pérdida que sentí entonces.

EL PAPA DE TODOS

por el cardenal Cláudio Hummes
arzobispo de São Paulo



Cláudio Hummes

Juan Pablo II será recordado siempre con profundo amor y gratitud, sobre todo por las generaciones que, en su largo pontificado, lo han tenido como Papa. Será recordado por sus viajes apostólicos, más de cien, por todo el planeta. Las multitudes lo recibieron hambrientas de palabras del Evangelio y fueron confirmadas en su fe. Él confirmó en la fe. En primer lugar a los propios obispos y curas.

En estos viajes visitaba a todos y se entregó completamente a todos: a los obispos y a los sacerdotes, a los pobres y a los excluidos, a los enfermos, a los presos, a los hambrientos, a los sin techo y a los sin tierra. Entró en las favelas, en los palafitos, en las barracas, se vio con los pequeños campesinos, los trabajadores, los comerciantes, los empresarios, los profesionistas liberales, los jefes de todas las religiones y los hombres de buena voluntad, en especial las comunidades judías, los misioneros y las misioneras, los religiosos y las religiosas, los consagrados y las consagradas, los seminaristas, las

asociaciones de laicos y los movimientos de la Iglesia, jóvenes, familias, niños, artistas, hombres de la cultura y de la universidad, constructores de sociedad, políticos, hombres de gobierno y presidentes. Fue el Papa de todos.

LA PRESENCIA DE MARÍA EN LA VIDA DEL PAPA

por el cardenal Jorge Mario Bergoglio
arzobispo de Buenos Aires

Si no me equivoco fue en el año 1985. Una tarde fui a rezar el Santo Rosario que dirigía el Santo Padre. Él estaba delante de todos, de

rodillas. El grupo era numeroso. Veía al Santo Padre de espaldas y, poco a poco, fui entrando en oración. No estaba solo: rezaba en medio del pueblo de Dios al cual yo y todos los que estábamos allí pertenecíamos, conducidos por nuestro Pastor.

En medio de la oración me distraje mirando la figura del Papa: su piedad, su unción era un testimonio. Y el tiempo se me desdibujó; y comencé a imaginarme al joven sacerdote, al seminarista, al poeta, al obrero, al niño de Wadowice... en la misma posición en que estaba ahora: rezando *Ave María* tras *Ave María*. Y el testimonio me golpeó. Sentí que ese hombre, elegido para guiar a la Iglesia, recapitulaba un camino recorrido junto a su Madre del cielo, un camino comenzado desde su niñez. Y caí en la cuenta de la densidad que tenían las palabras de la Madre de Guadalupe a san Juan Diego: «No temas. ¿Acaso no soy tu Madre?». Comprendí la presencia de María en la vida del Papa. El testimonio no se perdió en un recuerdo. Desde ese día rezo cotidianamente los 15 misterios del Rosario.



Jorge Mario Bergoglio

